

GERARD REVE

LAS NOCHES  
UN RELATO DE INVIERNO

TRADUCCIÓN DEL NEERLANDÉS  
DE RONALD BROUWER

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *De Avonden*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1947 by Gerard Reve  
© de la traducción, 2011 by Ronald Brouwer  
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-86-0  
DEPÓSITO LEGAL: B. 1694-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composición*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Todavía estaba oscuro cuando, en la temprana mañana del vigesimosegundo día de diciembre de 1946, en nuestra ciudad, en el primer piso del inmueble sito en el canal Schilder, 66, el héroe de esta historia, Frits van Egters, se despertó. Miró las agujas luminosas de su reloj de pulsera, colgado de un clavo. «Las seis menos cuarto—murmuró—. Todavía es de noche». Se restregó la cara. «Qué sueño tan desagradable—pensó—. ¿De qué iba?». Poco a poco fue recordando el contenido. Había soñado que el salón estaba lleno de visitas.

—Este fin de semana va a hacer bueno—dijo alguien.

En ese mismo instante entró un señor con sombrero hongo. Nadie le prestó atención y nadie le saludó, pero Frits le observó detenidamente. De pronto el visitante se cayó al suelo dando un fuerte golpe.

«¿Eso ha sido todo?—se preguntó—. ¿Qué más ha pasado? Nada, creo». Volvió a dormirse. El sueño continuó a partir de donde se había interrumpido. El hombre yacía, con el sombrero hongo cubriéndole el rostro, en un ataúd negro que estaba en un rincón de la sala sobre una mesa baja. «Esa mesa no me suena—pensó—. ¿Será prestada?». Se asomó al ataúd y dijo en voz alta:

—Desde luego que para mañana no nos quitaremos este muerto de encima.

—O quizá sí—dijo un hombre calvo, con cara rojiza y gafas—. ¿Qué apostamos a que soy capaz de organizar el entierro para hoy a las dos?

Volvió a despertar. Eran las seis y veinte. «Ya he dormi-

do suficiente—se dijo—, por eso me despierto tan temprano. Todavía me queda una hora larga».

Se fue adormeciendo y entró por tercera vez en el salón. No había nadie. Se acercó al féretro, miró adentro y pensó: «Está muerto y empieza a corromperse». De repente el cuerpo estaba cubierto de toda clase de herramientas de carpintería, apiladas hasta el borde del ataúd: martillos, grandes taladros, sierras, niveles, cepillos, bolsitas de clavos y alicates. Solamente sobresalía la mano derecha del muerto.

«No hay gente—pensó—, en toda la casa no hay nadie; ¿qué voy a hacer? Música, eso servirá de ayuda». Por encima del ataúd se inclinó hacia la radio, pero en ese mismo instante vio cómo la mano, que se había puesto azulada, con largas uñas blancas en las puntas de los dedos, lentamente se elevaba. Asustado, se echó hacia atrás. «No debo moverme—pensó—, para que no pase nada». Lentamente, la mano volvió a bajar.

Al despertarse sintió angustia. «Las siete menos diez—murmuró, mirando fijamente el reloj—. Qué cosas tan tétricas sueño». Se dio la vuelta y se durmió de nuevo.

A través de unas gruesas cortinas verdes, volvió a entrar en el salón. Ahora otra vez estaban los visitantes. El hombre de la cara rojiza se le acercó, sonrió y dijo:

—Imposible. Va a ser el lunes a las diez de la mañana. Mientras tanto, pondremos el ataúd en el despacho.

«¿Despacho?—se preguntó Frits—. ¿En esta casa tenemos un despacho? Claro, se referirá al cuarto de al lado». Seis personas cargaron el féretro sobre los hombros. Él iba delante para abrir la puerta. «La llave está puesta—pensó—, eso está bien».

El ataúd era sumamente pesado y los portadores iban lentos, compasados. De repente vio que el fondo empezaba a hundirse y se combaba. «Se va a romper—pensó—,

¡qué horror! Por fuera, el cadáver todavía está intacto, pero por dentro es una flácida pulpa amarilla. Va a caer al suelo como una plasta».

Cuando iban por la mitad del pasillo, el fondo se había combado tanto que se formó una grieta. Poco a poco fue apareciendo la misma mano de la que antes se había asustado. Y después, el brazo entero. Los dedos palpaban y se acercaban al cuello de uno de los porteadores. «Si grito, se va a caer todo», pensó Frits. Observó cómo el fondo se combaba cada vez más y la mano se iba aproximando a la garganta del porteador. «No puedo hacer nada—pensó—, no puedo hacer nada».

Se despertó por cuarta vez y se incorporó en la cama. Eran las ocho menos veinticinco. En el dormitorio hacía mucho frío. Había escarcha en la parte inferior de las ventanas, como descubrió cuando, después de quedarse sentado durante cinco minutos, se levantó y encendió la luz. Tiritando, fue al retrete.

«Por las noches, antes de acostarme, debería dar un paseo—pensó mientras se lavaba en la cocina—, para que el sueño sea más profundo». La pastilla de jabón se le escurrió de entre los dedos y durante bastante tiempo estuvo buscándola a tientas, en la penumbra debajo del fregadero. «Empezamos bien», masculló.

«Es domingo—se acordó de repente—, ¡no había contado con esa dicha!». «Me he levantado demasiado temprano, tonto de mí», se dijo a continuación. «Nada—pensó—. Así, hoy no será otro día perdido; esta vez no me he levantado a las once». Al secarse la cara empezó a canturrear, volvió al dormitorio, se vistió y se peinó frente al pequeño espejo colgado junto a la puerta, más o menos por encima de la cama. «Es tempranísimo—pensó—. Todavía no puedo ir al salón. Las puertas correderas estarán abiertas».

Se sentó ante un pequeño escritorio, agarró un conejito de mármol blanco, del tamaño de una caja de cerillas, y dio con él unos golpecitos en el respaldo de la silla. Después volvió a colocarlo en el lugar de donde lo había cogido, encima de unos papeles. Sintió escalofríos, se levantó y fue de nuevo a la cocina, donde sacó de la panera dos panecillos, el primero de los cuales engulló en pocos bocados; el segundo lo apretó entre los dientes mientras entraba en el pasillo para ponerse el abrigo.

«Un grato y reconfortante paseo matinal», murmuró. Según bajaba la escalera, cuando pasó por delante de la puerta de los vecinos, el perro de éstos ladró. Cerró con suavidad la puerta del portal y siguió el congelado canal hasta el río, que, excepto por el centro, estaba cubierto por una oscura capa de hielo. Apenas hacía viento. Todavía no había mucha luz, pero las farolas ya estaban apagadas. En los bordes de los tejados había posadas hileras de gaviotas. Arrojó al hielo el último trozo del panecillo, que había moldeado en forma de bolita, y enseguida acudieron decenas de pájaros. El primero que quiso picarlo falló. La bolita de pan empezó a rodar, cayó en un agujero y se sumergió en el agua antes de que otra gaviota pudiese picarla.

El reloj de una iglesia sonó una sola vez. «Es temprano, va a ser un día aprovechado—pensó, girando hacia la derecha, siguiendo la ribera—. Hace frío, es pronto y todavía no ha salido nadie afuera, pero yo sí».

Cruzó el puente grande, bordeando la estación del Sur, y volvió por debajo del viaducto. «Es muy provechoso pasear por la mañana temprano—se dijo—. Uno sale afuera, se siente fresco y se pone de buen humor. Éste no va a ser un domingo perdido y malogrado».

Cuando volvió a adentrarse en el pasillo, escuchó el agua

hirviendo en la cocina. En el salón se encontró con su madre, que estaba preparando la mesa para el desayuno.

—Qué madrugadora estás hoy—le dijo.

—Un arrebató de tu padre—respondió ella—. Hoy quería madrugar y trabajar mucho.

Frits la miró fijamente; tenía el rostro inexpresivo.

Su padre entró desde la cocina, con su camiseta de lana y los pantalones ya puestos; los tirantes colgaban hasta el suelo. Tenía la cara todavía mojada.

—Buenos días, padre—dijo Frits. Tenía una sensación como si, para pronunciar estas palabras, hubiera tenido que levantar a lo largo de toda la tráquea una piedra, que ahora caía a sus pies.

—Buenos días, hijo mío—respondió su padre.

Se sentaron a la mesa.

«Tengo que prestar atención—pensó Frits—, tengo que vigilar bien». Desde el primer momento en que su padre empezó a comer, se quedó mirándole. «Mastica sin hacer ruido—pensó—, pero con cada movimiento de mandíbula la boca se abre». Le observó la nuca y sintió una creciente furia. «Siete verrugas—dijo para sí—. ¿Por qué nunca se las ha quitado? ¿Por qué no quitar, al menos, eso?».

Su madre sirvió el té. Al beber hacía un ruido suave. El padre sólo levantaba la taza hasta mitad de camino: adelantaba la cabeza, fruncía los labios y sorbía escandalosamente.

—¿Has mirado la estufa, niña?—preguntó.

—Sí—contestó la madre de Frits—, ya está runroneando.

Cuando acabaron, su padre terminó de vestirse en la habitación interior y tras un profundo suspiro se sentó, con un libro en la mano, en un sillón junto a la estufa. Frits observó cómo se sentaba. «¿Por qué ese enorme suspiro?—pensó—. ¿Por qué hacer de fuelle?».

pelo negro con alguna mancha parda, peinado hacia atrás, los gruesos labios de esa boca, que sonreía cansinamente, y esas manos oscuras con dedos cortos y gruesos, que despacio, tras palpar con cuidado, pasaban las páginas.

Él mismo estaba sentado en el diván, cerca de la ventana. Agachándose un poco, encendió la radio y recorrió las distintas emisoras. «Una sonata de Bach», murmuró, se puso las manos entrelazadas en la nuca, recostó la espalda y escuchó. Su padre estaba fumando una pipa y exhalaba despacio, en chorritos finos, el humo azul.

—Frits—exclamó su madre desde la cocina—, ¿dónde has dejado las llaves del desván?

—Yo no las he cogido—respondió al entrar ella.

—¿Quién puede ser, si no?—preguntó.

—Yo no las he cogido—dijo él.

—¿No fuiste ayer por carbón?—insistió—. ¿A que ayer fuiste por carbón?

—No—dijo—, yo no fui por carbón. A lo mejor subiste tú y después dejaste las llaves en alguna mesa.

Se levantó y fue a la cocina. Su madre le siguió.

—¿De verdad que no están en el alféizar?—preguntó él, levantando las cortinas y palpando por toda la madera debajo de la ventana.

—Tú cogiste las llaves—dijo la madre—. Tienen que aparecer, porque si no, la estufa se apagará. Ayer cogiste las llaves, fuiste tú el último en ir por carbón.

Frits observó el enjuto rostro de su madre, su pelo gris, el ligero vello alrededor de boca y barbilla, y esos brazos que no paraban de moverse. «Ayúdanos—pensó—. Esa voz es demasiado fuerte. ¿Dónde hay una escapatoria?». Entró en la cocina su padre, en calcetines. Sujetaba el libro cerrado, separando con el dedo índice las páginas.

—¿Qué pasa?—preguntó—. Tranquilizaos un poco.



—No exageres—dijo la madre de Frits—. Vete al salón; aquí, ¿quién está haciendo ruido?

—Vaya gritos y gruñidos—dijo el padre—. Por Dios, ¿es necesario?—Se dio la vuelta y con la cabeza inclinada desapareció por el pasillo.

—Mira a ver si la llave está puesta—dijo la madre.

Frits subió la escalera hasta el piso de los desvanes, encontró en la cerradura la llave, a la que iba unida mediante un alambre otra llave, abrió la puerta y cogió una bolsa de papel llena de antracita. Abajo, en la cocina, arrojó las llaves en el alféizar, con el correspondiente tintineo.

—Naturalmente no habrás traído carbón—dijo su madre, que en ese momento venía del salón.

—Que sí—contestó—, aquí tienes una bolsa.

—No lo has hecho bien—dijo ella—. Siempre hay que pasarlo de la bolsa al cubo en el desván, porque si no, se me llena todo esto de polvo.

Justo cuando entraban en el salón, el padre apagó la música de la radio, una fuga para violín y clavecín.

—Vaya murga—dijo—, tengamos un momento de calma.

Con un suspiro medio contenido se sentó en el sillón, abrió el libro y retomó la lectura. Frits miró el reloj sobre la chimenea. Eran las diez y veinte. «La mañana avanza—pensó—. Otros domingos todavía estaría en la cama, así que poco tiempo se ha perdido». Se fue a su habitación, sacó de una pequeña estantería un libro tras otro y después de hojearlos los devolvió a su sitio. «Aquí hace demasiado frío», murmuró, regresó al salón, cogió del revistero un periódico y se sentó junto a la ventana. Fuera veía pasar deprisa a los transeúntes, con caras rígidas y tensas. El cielo estaba raso y tenía un color sucio, amarillento. Sentado en el diván, seguía los sucesos de fuera. Durante las dos horas que sin leer sujetó el periódico, pasaron en direcciones opuestas cuatro

soldados, dos mujeres, cada una con su cochecito de bebé, una joven pareja—el hombre, con un niño en brazos—, un chico en bicicleta llevando a una chica detrás, y un grupo de niños acompañado por dos señores. Vio cómo el vecino, cuyo perro se negaba a volver a casa, intentaba atraparlo llamándolo y amenazándolo. «Yo estoy aquí y me quedo aquí y no hago nada—pensó—. Ha transcurrido la mitad del día». Eran las doce y cuarto.

Sus padres se pusieron los abrigos.

—Estate pendiente del timbre—dijo la madre—. Vamos a dar una vuelta. —Después miró por la ventana y continuó—: Ya podemos darnos prisa; cualquiera diría que va a nevar. Venga, vámonos, padre. Hasta luego. Si sales, ¿cerrarás la puerta con llave?

«Si sales, ¿cerrarás la puerta con llave?», repitió Frits varias veces para sí. Cuando sus padres hubieron bajado lentamente la escalera y se oyó el golpe de la puerta del portal, encendió la radio. El locutor dio la hora exacta: las doce y veinticuatro minutos. Sacó de su bolsillo una tabaquera ovalada, revestida de níquel, y tras liarse un cigarrillo recorrió el luminoso dial, pero sin encontrar nada que le gustara. Volvió a apagarla, se dirigió por el pasillo al cuarto de al lado, donde había desperdigados sobre el escritorio unos cuantos papeles y libros abiertos, abrió un bote de tabaco de madera, cogió una cantidad entre los dedos y la metió en su propia tabaquera, que guardó de nuevo en su bolsillo.

De camino al salón, se detuvo frente al espejo grande del pasillo, torció la boca hacia la izquierda y después hacia la derecha; a continuación, subió el labio superior y, dándole la vuelta, bajó el inferior. Entonces se miró la cara de perfil, trajo de la cocina un pequeño espejo redondo de afeitarse y lo sujetó de tal forma que pudiera ver, por medio de ambos espejos, su cabeza entera, por arriba, por detrás y por

los lados. Después apagó la luz del pasillo y abrió la puerta del cuarto de al lado. «Ahora con la luz del día», dijo en voz baja. Cuando nuevamente hubo mirado su cabeza entera, se peinó y volvió a encender la lámpara. «Vamos a ver cómo es el efecto con luz de día en combinación con la bombilla», se dijo. «Tiene un aire de colinabo—dijo en voz alta—, pero se observa perspicacia».

Suspiró, colgó el espejo de afeitar en el pomo de la ventana de la cocina y fue al salón. Era casi la una. Se sentó en el diván. «Vamos por más de la mitad—pensó—. Hace una hora que ha comenzado la tarde. He desperdiciado un tiempo valioso, imposible de recuperar». Encendió la radio, pero antes de que terminaran de calentarse las lámparas la apagó, se levantó, abrió las puertas correderas y entró en la habitación interior. Descorrió los largos visillos y pegó la cara contra la ventana. La frente dejó una marca de grasa en el cristal. Volvió a apretar la cabeza y miró hacia abajo.

En el jardín colindante de la derecha había un perro lulú haciendo sus necesidades bajo un rododendro. Tres abrigos se estaban oreando en un tendedero. En el paso de hormigón del jardín de abajo, un hombre de pelo blanco estaba cortando leña. De vez en cuando, con el golpe, algún trozo saltaba por los aires.

Frits clavó los colmillos en el listón que dividía la ventana, pasó la lengua por el cristal y se dirigió a la cocina. De una bolsa de papel que había en el rincón sacó un puñado de leña, la dejó en la mesa de la cocina y sin hacer ruido abrió la ventana, que se abría hacia adentro. Tras cada hachazo del hombre, Frits arrojaba un pequeño trozo de madera a lo lejos, en diferentes partes del jardín: sobre la grava, en las piedras o contra la valla; siempre con fuerza, para que sonara bastante. La cuarta vez, después de recoger la madera, el hombre se quedó mirándola larga y dete-

nidamente. Frits arrojó un último trozo, hacia el extremo izquierdo del camino, cerró la ventana y suspiró. «Las horas vacías», murmuró mientras se daba la vuelta.

Justo cuando se adentraba en el pasillo, oyó en la escalera las voces de sus padres.

—¿Has estado comiendo dulces?—preguntó la madre al entrar—. Huy, miuy, déjame pasar—prosiguió, colgando el abrigo en el perchero y metiéndose corriendo en el retrete.

Despacio, con una respiración profunda, su padre avanzó hacia el salón y abrió la puerta con un movimiento seco y firme. Era la una y media.

—¿Comemos?—preguntó la madre—. ¿Pongo té o café?

—A mí me da igual—contestó el padre.

—Fuera hace un frío de muerte—continuó ella—, el típico viento de la calle Midden.

—Viento del Este, querrás decir, viento del Este—dijo Frits—, no emplees términos que otra gente no pueda entender.

—¿Qué queréis?—volvió a preguntar ella—, ¿té o café? Todavía queda café.

—Té—dijo Frits—, prefiero té.

—Café—dijo casi al mismo tiempo su padre.

—Voy a poner café, ¿vale, Frits?—decidió ella—. Tú nos acompañas, ¿no?

—A mí ponme café con agua caliente, sin leche—contestó Frits.

—No—dijo la madre—. Lo voy a hacer con leche.

Entretanto, preparó la mesa y cortó el pan.

—¿Quién quiere un arenque en vinagre?—preguntó.

—Yo no, por favor—dijo Frits.

—¿Tú, padre?—preguntó.

—No, no me apetece mucho—respondió el padre.

«Ya llevan tres semanas en un plato en la cocina—dijo

Frits para sí—y se han puesto verdes. La cebolla picada está toda oscura».

—Así que tendré que tirarlos—dijo ella—. Me dais la tabarra con que nunca compro arenques en vinagre. Los compro y luego se quedan en el plato, hasta que al final acababan en la basura.

—Venga, trae para acá—dijo Frits.

Se sentaron a la mesa.

—Es curioso—dijo su padre—, lo mal que hoy en día se limpia el pescado.

—Sí—dijo la madre—, como ya saben que vas a comprarlos...

—¿Tienes un cuchillo limpio?—preguntó Frits, después de cortar el arenque y comérselo—. Es que me gustaría un tar un poco de mermelada.

—Tráelo tú—contestó ella—, ese cuchillo limpio.

«Ya han transcurrido dos tercios del día—pensó él—, y el resto de la tarde voy a tener un sabor asqueroso en la boca».

Después de almorzar, se quedaron sentados un rato.

—Fumemos a gusto—dijo Frits. Justo empezaba a liarse un cigarrillo, cuando su padre le ofreció un puro de su estuche—. Tiene buena pinta—dijo Frits mientras lo sacaba.

—Líame uno—le pidió su madre.

Frits le hizo un cigarrillo fino y se lo entregó. Ella se lo metió en la boca, hasta una quinta parte de su longitud, en el centro de los labios. Una y otra vez lo sacaba, apretándolo entre el índice y el pulgar, fumando con caladas cortas y exhalando inmediatamente, antes de que el humo pudiera penetrar en toda la cavidad bucal.

—Fumas de una manera torpe y ridícula—dijo Frits—. Para empezar, hay que sujetar el extremo en la parte seca, periférica, de los labios. Luego, deberías llevarlo más hacia

la comisura y no estar sacándolo continuamente. Y cuando lo saques, sujétalo con el dedo índice y el medio.

«Debo hacer como si se lo dijera en broma», pensó y continuó con voz aguda, dibujando una sonrisa:

—Así—le dijo mientras trataba de quitarle el cigarrillo de la boca, pero éste se quedaba pegado al labio superior.

—¡Ay!—gritó ella—. ¡Ay!

—Venga, déjalo ya—dijo el padre, exhalando de golpe una gran nube de humo.

—Algún día tendrá que aprender—dijo Frits.

Su madre apagó el cigarrillo y lo dejó en el hoyito del cenicero.

Mientras ella recogía la mesa, su padre se tumbó en el diván, se volvió a incorporar para quitarse los zapatos, se quedó por un momento sentado mirando a la nada y entonces se dirigió a la librería. Al llegar delante de ella resbaló, levantó la pierna izquierda, pero enseguida recuperó el equilibrio.

—¡Huy!—exclamó la madre—. ¡Eh!

—No pasa nada—dijo Frits—, no te pongas a chillar a la primera.

Su padre sacó de la estantería un libro, volvió a tumbarse en el diván y se pasó una mano por el pelo.

—Huy, miuy, la estufa—dijo la madre. Miró el fuego y dijo—: Va bien. Por favor, déjala, dejadla así. Con el hervidor un poquito metido. —Les enseñó cómo el hervidor de aluminio tenía que estar sujetando la parte superior de la tapa, para que la cámara de la estufa se quedase entreabierta—. Porque si no, en una hora se consume todo—dijo y fue a la cocina.

Frits miró el reloj. «Todo está perdido—pensó—. Todo se ha fastidiado. Son las tres y diez. Pero la noche todavía puede compensar muchas cosas». Su padre palpó con la mano derecha entre el diván y la pared.